

Alfredo Veiravé. *Literatura Hispanoamericana*. Buenos Aires. Kapelusz. 2ª edición, 1975. 269 págs.

¿Qué espera encontrar el lector en una Historia de la Literatura? ¿El dato ordenado, la clasificación por escuela, la explicación de tendencias, las fechas, la biografía, las obras principales? O bien, ¿el comentario que contradiga lo establecido, la visión original, la hipótesis atrevida? Me parece que si el género humano no se ha puesto jamás de acuerdo, si hay partidarios del sol y de la luna, del mar y la montaña, no podemos lamentarnos de que tampoco respecto a las historias literarias exista unanimidad de pareceres. Fácil le es a la crítica censurar las Historias "personales" (así se vio obligado Alone a bautizar a su Historia de la Literatura Chilena, creyendo, tal vez, erradamente, que al confesarla *personal* le serían perdonados sus juicios impresionistas). Sin embargo, habrá lectores que estarán siempre dispuestos a preferir a aquellos que arriesgan afirmaciones insólitas. Alabar al Poema del Cid es una rutina que no añade nada a su fama dilatada, reconocer a Azorín y García Lorca como cumbres literarias del siglo xx español podrá parecer hiperbólico pero no escandalizante. Cuando Borges dice que el Poema del Cid es lento y aburridor, Azorín deleznable y García Lorca un poeta menor, la república de las letras se convulsiona y surgen Torquemadas que quieren pulverizar al pulverizador. Pero es indiscutible que los juicios temerarios incitan a la relectura y remecen los cimientos literarios; algunos ceden, otros resisten y se afirman.

Con esta Historia de la Literatura Hispanoamericana no ha de escandalizarse ningún lector, especialmente si es argentino. Es una Historia que, aceptada la superchería de su título, tiene buenas maneras. Esto es, goza de buena prosa. Su estilo es claro. La obra es legible y no denota deformación ideológica. No abruma tampoco con catálogos onomásticos interminables. Sea esto dicho con la conciencia de que su concisión la arrastra a veces al esquematismo y que la limpia redacción linda con aquella impersonalidad de las enciclopedias. En buena hora, si la comparamos con otros manuales al uso que caen en la tentación de la jerga, en la de enturbiar las aguas para que parezcan profundas.

No puede achacársele al autor, el buen poeta argentino Alfredo Veiravé, pecados de bizantinismo. No pretende deslumbrar con originalidades bizarras. En general, acepta las denominaciones convencionales, las clasificaciones, las escuelas. Se limita a ordenar y sintetizar. Además, de ofrecer una colección iconográfica ilustrativa y citas breves y útiles de la crítica respecto a escritores y obras. Esta modestia de autor no es corriente y debe ser anotada al haber de este libro. Como un ejemplo, tomado entre muchos, puede señalarse el análisis que se hace de *Don Segundo Sombra* (pp. 195-200), modelo de síntesis adecuada e inteligente, sin ínfulas pretenciosas.

Sin embargo, no está exento el libro de aspectos censurables. Ni una palabra se dice del teatro ni del ensayo latinoamericano contemporáneo. Nada tampoco respecto de la obra de Neruda posterior al *Canto General*. En la obra de Cortázar se analiza en detalle uno de sus cuentos pero a *Rayuela*, luego de afirmar que se trata de "la obra más importante de la narrativa hispanoamericana actual" (p. 258), se le consagran 6 líneas. Se echan de ver, acaso, demasiadas citas provenientes de libros editados por Kapelusz, lo que, dejando de lado la posible intención propagandística, no da una idea adecuada de la rica pluralidad editorial argentina. La falta de índices de obras y autores, es pecado común en libros editados en Latinoamérica, pero no por ser error generalizado resulta tal omisión menos incómoda para el manejo de esta obra.

He dejado para el final la crítica más severa que puede esgrimirse contra este libro, titulado, como ya insinué, impropriamente *Literatura Hispanoamericana*. Es la desproporcionada atención que se presta a las letras argentinas frente a las del resto del Continente. Afortunadamente para el lector, la nacionalidad de Veiravé coincide con la de la literatura más importante de la América Latina, la que ha producido el mayor número de autores y obras de significación en todos los géneros. Su perspectiva, ofensiva por el implícito *chauvinismo*, resultaría catastrófica si moviera a autores de otra nacionalidad a hacer otro tanto, esto es, insertar una historia de las letras de su país en el marco referencial de la literatura hispanoamericana, pretendiendo que aquélla represente a ésta.

Aunque el libro no lo advierte explícitamente, sospechamos que esta edición pueda haber sido preparada con la finalidad de ajustarse a un programa pedagógico, acaso de las escuelas secundarias de la Argentina. (Se hace mención a ciertas "carpetas didácticas" que complementaría el texto, pero que no hemos tenido a la vista). Quizás la imposición de adaptarse a un programa de estudio pueda, si no excusar, explicar al menos algunos de sus excesos y defectos.

El capítulo tercero, "La literatura en el período de la Independencia", destina 10 lentas páginas a lo que subtitula "Literatura de la Emancipación Nacional". A estas alturas del libro, ya no caben dudas al lector de qué quiere decir el autor cuando dice *nacional*. Otro tanto ocurre en el capítulo siguiente que, aunque se titula "El Romanticismo en la América Española", vuelve a centrarse en lo ocurrido en la Argentina, (con la excepción ineludible de *María*). Se pregunta uno, ¿es que no hubo literatura en el período de la Independencia de las demás repúblicas americanas? ¿es que no hubo romanticismo, sino en la Argentina?

En el capítulo quinto, ya no hay disimulo ni en el título, "La poesía gauchesca", y, es claro, se destinan sus 25 páginas a documentar ese género limitado a la tradición literaria de un solo país por obvias razones socio-geográficas.

Y así, *ad nauseam*. Lo censurable no es que se escriba una historia de la literatura argentina, sino que se pretenda hacerla pasar por otra cosa. Por clara que sea la preeminencia de las letras de ese país ella no justifica la reverencia que este libro le otorga. Que en las resumidas fechas con que se pretende delinear el marco histórico y literario del Modernismo se mencione como uno de tales hitos el que en 1896, Lugones cambia su domicilio de Córdoba a Buenos Aires, revela de por sí a qué extremos conduce la obnubilación nacionalista. Naturalmente, entre prosa y verso, se le destinan 6 páginas a Lugones pero ninguna a Herrera y Reissig ¡Linda manera de disminuir antiguas polémicas!

En el posmodernismo no se corrige tampoco la óptica. De una lista de 12 autores, "los más representativos" (p. 201), sólo se detiene la obra en 3: Fernández Moreno, Banchs y Storni —de más está decirlo, los tres argentinos:

Por poco que valga un Premio Nobel, pudo merecerle a Gabriela Mistral algo más que aparecer perdida en una enumeración en esta obra.

Borges ha repetido que los máximos renovadores de la prosa castellana del siglo han sido Alfonso Reyes y Paul Groussac, lo que bien puede ser un juicio muy personal, pero, ¿no es también una arbitrariedad inexcusable dejarlos a ambos, ya no con una línea y las fechas de su nacimiento y muerte como a la Mistral, sino sin siquiera mencionarlos?

En suma: una obra que si no tuvo la intención maliciosa de pasarnos gato por liebre puede dejar perfectamente tal impresión al no haber precisado, bien en título más ceñido, bien en una explicación preliminar, cuáles eran sus propósitos. Aceptados éstos, nadie negará a la obra los méritos que tiene: claridad de exposición, poder de síntesis, falta de afectación, incontaminación ideológica.

CARLOS CORTÍNEZ